

Librarse de la locura

NARRADOR: ARUN GANDHI

Souren Bannereji siempre se ha tenido por un hombre pacífico. Pero cuando su esposa, su hijo y su hija fueron violados y asesinados por una odiosa turba de musulmanes en Calcuta, se sintió empujado a una inimaginable respuesta. Souren se encontró uniéndose a turbas violentas de hindúes en busca de venganza. Antes de darse cuenta lo que hacía, participó en la masacre de una familia musulmana. Por haber matado a un niño, Souren sabía que estaría atormentado para siempre.

Souren sabía sólo de un hombre que podría devolverlo a la senda de la paz. Su nombre era Mohandas Karamchand Gandhi, pero la gente lo llamaba Mahatma, que significa «alma grande». La notablemente ambiciosa misión de Gandhi en ese momento era enseñarle la no violencia total al pueblo de la India. Él había utilizado con éxito la no violencia para liberar la India del imperialismo británico en 1946; muchos necesitaban creer desesperadamente que Mahatma podía producir al menos un milagro más.

Gandhi sabía demasiado bien que la cólera desenfrenada lleva a la gente a la violencia enloquecida. Describía la ira como una energía tan potente como la electricidad misma. Sentía que si se abusaba de la ira podía destruir y matar. Pero si se utilizaba inteligentemente, esa misma energía podía iluminar las vidas humanas.

Gandhi había tenido que enfrentarse a su propia cólera cuando, como un joven abogado, había despertado ruda-

mente a la realidad de los prejuicios raciales en Sudáfrica. Un día aciago, un hombre blanco rehusó compartir un compartimiento del tren con un «negrito». Los empleados del ferrocarril arrojaron físicamente a Gandhi del tren. La humillación le suscitó una intensa respuesta emocional, pero Gandhi decidió no actuar impulsivamente.

Ciertamente, él respiró profunda y meditativamente, invocó el nombre de Rama y encontró que la paz descendía sobre él. Mientras se calmaba, llegó a la conclusión de que la justicia no es venganza sino iluminación. Y la iluminación no puede ser impuesta por la fuerza, sólo puede revelarse a través de la no violencia activa. A lo largo de toda su vida, Gandhi llegó a ver la no violencia como algo más que un medio hacia la resolución de un conflicto. La vio como la edificación de una relación espiritual, una relación de unicidad.

«Yo no sé qué habría sido de mí si yo no hubiera conocido a Gandhi —dice Souren Bannerji—. Mi vida, como un tren de ferrocarril, había sido completamente descarriada por esta odiosa violencia. Gandhi puso los carros de nuevo en la línea, y ahora estoy avanzando otra vez».

Gandhi mismo había llegado a un momento de profundo desaliento personal en 1946. Cuando los británicos se fueron y el país se dividió —la India para los hindúes y Pakistán para los musulmanes—, centenares de miles fueron desarraigados de los hogares y las tierras que habían ocupado por generaciones. Asesinatos, mutilaciones y violaciones se extendían por todas partes. Los esfuerzos de Gandhi por enseñarle a la gente a vivir como una familia, a superar los prejuicios religiosos y personales, se olvidaron.

«Si la inhumanidad es lo que mis compatriotas quieren, yo no tengo ningún deseo de vivir» dijo el angustiado líder,

y comenzó una huelga de hambre. «Intenté enseñarle al pueblo humanidad, pero prefieren la bestialidad», se lamentó. «Es mejor que yo muera a que viva para ver esta carnicería». Aunque él era hindú, el Mahatma escogió ayunar en una cabañita situada en el gueto musulmán más pobre de Calcuta.

Si la gente no hubiera dejado de pelear, Gandhi ciertamente habría muerto. A los setenta y ocho, ya él no tenía la fuerza ni el ánimo para soportar un ayuno total por un período prolongado de tiempo. Los hindúes y los musulmanes por igual se dieron cuenta de que si Gandhi moría, ellos cargarían con el peso de la culpa. La relación paterna que Gandhi había cultivado a través de los años había hecho que tanto hindúes como musulmanes sintieran como si su propio padre estuviera a punto de morir por los errores que ellos habían cometido.

Souren Bannerji sabía que él no podía dejar que el Mahatma perdiera la vida. En su corazón, sabía que sus propias acciones violentas habían sido cometidas el día antes de que Gandhi anunciara su ayuno. Ahora esta noticia acerca de su héroe era exactamente la motivación que él necesitaba para separarse de la turba. Luego de una semana de búsqueda interna, se armó de coraje para acercarse a Gandhi cara a cara.

Con el rostro surcado de lágrimas, Souren se encaminó a la choza donde Gandhi apenas se sostenía a la vida. Silenciosa y reverentemente entró en la pieza donde un médico, un viejo amigo, frotaba con paciencia la frente de Mahatma. Souren puso su cabeza sobre los pies de Gandhi y sollozó incontrolablemente, pidiendo perdón. «*Bapu* [padre], perdóname. Soy un pecador que merezco morir,

pero tú debes vivir», rogó Souren. «Todos somos pecadores, hijo mío», respondió Gandhi, con una voz apenas audible. «Ven, acércate y háblame de tu pecado».

Souren dejó que las palabras le salieran como un torrente. «He cometido un horrendo crimen. He asesinado a una familia musulmana después que a mi familia la mataran. Mi vida se ha convertido en un infierno viviente. No puedo aceptar el peso adicional de tu propia muerte sobre mi conciencia, Bapu. Por favor, abandona el ayuno».

«Si quieres salvar mi vida, ve y trabaja por la paz y la armonía. Y si quieres expiar tu pecado, te haré una sugerencia», dijo Gandhi. «Dime, Bapu», respondió Souren. «Haré todo lo que me digas. Quiero la paz, y quiero que tú dejes tu ayuno».

«Primero, para ti, ve y encuentra un niño musulmán huérfano y críalo como si fuera tuyo. Debes dejar que el bebé crezca en su propia fe». El hablar estaba dejando exhausto a Gandhi, que se quedó callado por un rato y luego añadió, «Somos una sola raza humana. La religión debe unificarnos, no dividirnos». Con estas palabras, Souren siguió su camino meditando en el consejo del gran hombre.

La noticia del ayuno de Gandhi y su apelación por unidad y armonía se transmitía amplia y repetidamente. Si la gente dejó de luchar porque entendieron su mensaje de unidad o simplemente porque deseaban salvar su vida, es difícil de decir. En cualquier caso, la paz vino rápidamente.

Souren no se olvidó de las palabras que Gandhi le había dicho. En su búsqueda por un niño musulmán huérfano, él encontró a una madre musulmana joven con un bebé que milagrosamente había escapado de la muerte. Su marido y su familia habían sido asesinados; ella había

sido repetidamente violada, y ahora era un paria. Un momento de locura había cambiado su vida para siempre, así como había cambiado la vida de Souren.

Según conversaban acerca de sus sufrimientos, Souren y Miriam encontraron que tenían mucho en común. Lentamente se desarrolló una relación. Un día Souren compartió con Miriam las últimas palabras que él había oído de Gandhi. «Somos una sola raza humana. No dejes que la religión nos divida». Souren y Miriam se casaron. En el espíritu de Gandhi, decidieron que estudiarían las religiones de ambos y absorberían lo bueno que cada una tenía que ofrecer.

Conocí a Souren en Bombay varios años después. Él y Miriam tenían dos hijos; el hijo de Miriam, a quien Souren había adoptado, y una hija. Nunca olvidaron el papel de mi abuelo en esa unión, en hacer que el amor y una nueva vida triunfaran sobre un pasado marcado por el odio y la violencia. Antes de separarnos ese día, ellos me dijeron cómo habían aprendido una importante lección de Mahatma. Mirándose uno al otro y a sus dos preciados hijos, me dijeron: «entendemos lo que Gandhi quería dar a entender cuando decía que “el cambio llega tan sólo una vez en la vida”».

Experimente el poder de la no violencia como una herramienta activa para construir y mantener las relaciones humanas y evitar conflictos. Llame al **Instituto para la Noviolencia M.K. Gandhi** al 901-452-2824.